

“LA ECONOMÍA BOLIVIANA HOY”

Diálogos al Café – Marcos Escudero centró esta semana su atención en una pregunta que ya no admite respuestas superficiales: ¿qué tan profunda es realmente la crisis económica boliviana y qué puede hacerse antes de que sus costos sean mayores? El punto de partida fue la presentación de Luis Carlos Jemio, economista de la Fundación Milenio y principal responsable del Informe Económico de Milenio N.º 48. Su exposición y las intervenciones posteriores dejaron una conclusión difícil de eludir: la economía ha comenzado a ajustarse, pero todavía no ha resuelto el problema que origina la crisis.

La estabilización tiene un costo —y el problema sigue siendo fiscal

Jemio situó el déficit fiscal en el centro del problema. Durante años, déficits elevados —en varios periodos superiores al 10% del PIB— fueron financiados principalmente con recursos internos, especialmente del Banco Central. El resultado fue una acumulación de desequilibrios que hoy se manifiestan en escasez de divisas, presión cambiaria, inflación y recesión.

En 2026 el escenario ha cambiado parcialmente. El Banco Central ha reducido el crédito al sector público y adoptado una política monetaria contractiva: menor base monetaria, retiro de liquidez y aumentos previstos en el encaje bancario. El propio Banco Central estima una caída del PIB cercana al 3,6% este año.

Aquí aparece uno de los dilemas centrales del diálogo: la política monetaria está cargando buena parte de la estabilización cuando el ajuste decisivo debería venir por el lado fiscal. Si el déficit permanece alto, restringir liquidez puede contener precios, pero también profundizar la recesión sin corregir la fuente del desequilibrio.

El sector externo ofrece además una mejora que puede ser engañosa. Bolivia volvió a registrar superávit en cuenta corriente, impulsado por mejores exportaciones mineras y precios favorables. Pero parte del resultado proviene también de una caída de las importaciones asociada a menor actividad, falta de divisas y menor inversión. No necesariamente estamos ante una economía más competitiva, sino también ante una economía que compra y produce menos. A ello se suma el deterioro de los hidrocarburos: las exportaciones de gas han caído drásticamente mientras aumentan las necesidades de importar combustibles.

El posible acuerdo con el Fondo Monetario Internacional aparece así como oportunidad y prueba. Podría aportar financiamiento, ordenar un programa de estabilización y establecer metas de reducción del déficit. Pero los desembolsos serían graduales y sujetos al cumplimiento del programa. La pregunta no es sólo si habrá acuerdo, sino si existirá la capacidad política para ejecutar un ajuste con costos económicos y sociales importantes.

La depreciación cambiaria muestra, además, cómo se distribuyen esos costos. La pérdida de valor del boliviano reduce en dólares parte de la deuda interna del Estado, pero también reduce el valor real de ahorros, efectivo y fondos de pensiones en moneda nacional. El ajuste no desaparece: cambia de manos.

Salir de la crisis exige cambiar algo más que las cuentas

Incluso si Bolivia logra reducir el déficit y controlar la inflación, sigue pendiente la pregunta esencial: ¿de dónde vendrá el crecimiento?

Las empresas públicas ocuparon un lugar importante. Varias operan con pérdidas, están sobredimensionadas o requieren capital y tecnología que el Estado difícilmente puede seguir financiando. La discusión no se redujo a “privatizar o no privatizar”, sino a distinguir entre empresas que podrían transferirse, cerrarse o reestructurarse y sectores estratégicos donde el reto es atraer capital, tecnología y mejor gestión.

También apareció el marco institucional. Algunas disposiciones constitucionales y legales limitan la inversión extranjera, el arbitraje y la reorganización de ciertos sectores. La recuperación no dependerá sólo de mejores decisiones económicas, sino de acuerdos políticos capaces de modificar reglas que hoy frenan la inversión.

La elevada informalidad laboral agrega otra dimensión. Más del 80% de la población ocupada aparece fuera de los sistemas de seguridad social, una señal de precariedad que la estabilización por sí sola no resolverá. Bolivia necesita inversión, productividad, exportaciones más diversificadas y empleos formales de mayor calidad.

Pero quizá la discusión más incómoda llegó al final. ¿Cómo se explica que, en plena recesión, algunas ciudades mantengan niveles visibles de construcción, circulación de efectivo y actividad? La conversación apuntó hacia economías que permanecen parcial o totalmente fuera del radar oficial: oro, coca, cocaína y otros circuitos informales o ilegales. Jemio recordó que Bolivia mantiene una cantidad extraordinariamente alta de billetes en circulación respecto al tamaño de su economía. Saber dónde está ese dinero y cuánto de la actividad real queda fuera de las estadísticas resulta indispensable para entender el país que se intenta estabilizar.

Consideraciones finales

El conversatorio dejó una agenda concreta. Primero, el ajuste fiscal no puede seguir postergándose ni descansar casi exclusivamente sobre la política monetaria. Segundo, cualquier acuerdo con el FMI debería juzgarse no sólo por el financiamiento que aporte, sino por la calidad, secuencia y viabilidad política de las reformas. Tercero, es necesario definir qué empresas públicas deben mantenerse, reestructurarse, transferirse o cerrarse. Cuarto, la estabilización debe ir acompañada por una agenda de inversión, productividad, formalización y empleo; de otro modo, Bolivia podría estabilizarse sin volver a crecer.

Oro, coca, narcotráfico, informalidad y grandes volúmenes de efectivo forman parte de una economía paralela que influye sobre el tipo de cambio, la inversión y el consumo. Entenderla mejor no es marginal: es condición para diseñar políticas que respondan al país que realmente existe y no sólo al que aparece en las cuentas oficiales.

Presenta: Luis Carlos Jemio (Fundación Milenio)

Modera: Roberto Laserna

Enlaces de Video: Facebook:

YouTube: XXXXXXXXXXXXXXXX
XXXXXXXXXXXXXXXXXX